



Humberto Chaves Cuervo
Cuentos ilustrados
para Sábado

El abanico de la condesa
Cilia de Vornevas

En 1921 surgió la revista Sábado.

Su primera etapa se inició el 1 de mayo de 1921 y terminó con número 100 del 7 de julio de 1923.

Durante este período se inició la publicación de cuento inéditos ilustrados por destacados artistas como Humberto Chaves.

Portada de la revista Sábado
No. 117 - 14 de Marzo de 1929

ABADO



AUTORES ANTIOQUEÑOS

AUTORES Sala de Lectura
Biblioteca General
de A.



No. 117 Marzo de 1929

Oleo de Don Humberto Chaves,
profesor de pintura en la Escuela
de Bellas Artes



10c

Investigación y edición: María Teresa Lopera Chaves

Transcripción: Beatriz Elena Lopera Chaves

Realización:
Proyecto Humberto Chaves Cuervo - Pintor



www.chaves-pintor.com



Ilustraciones de Humberto Chaves Cuervo

El abanico de la condesa
Cuento de Cilia de Vornevas

Revista Sábado No.70
Noviembre de 1922

D

-De todos modos—terminó diciendo la Condesa Camila de Sarcey, cuando su amiga se hubo marchado, y el reflejo purpúreo de la amplia pantalla caía sobre el rostro de sus últimos y más asiduos los contertulios, -de todos modos, un robo no es una cosa que merezca importancia que se le da. ¿Quién no lleva alguno sobre su conciencia?

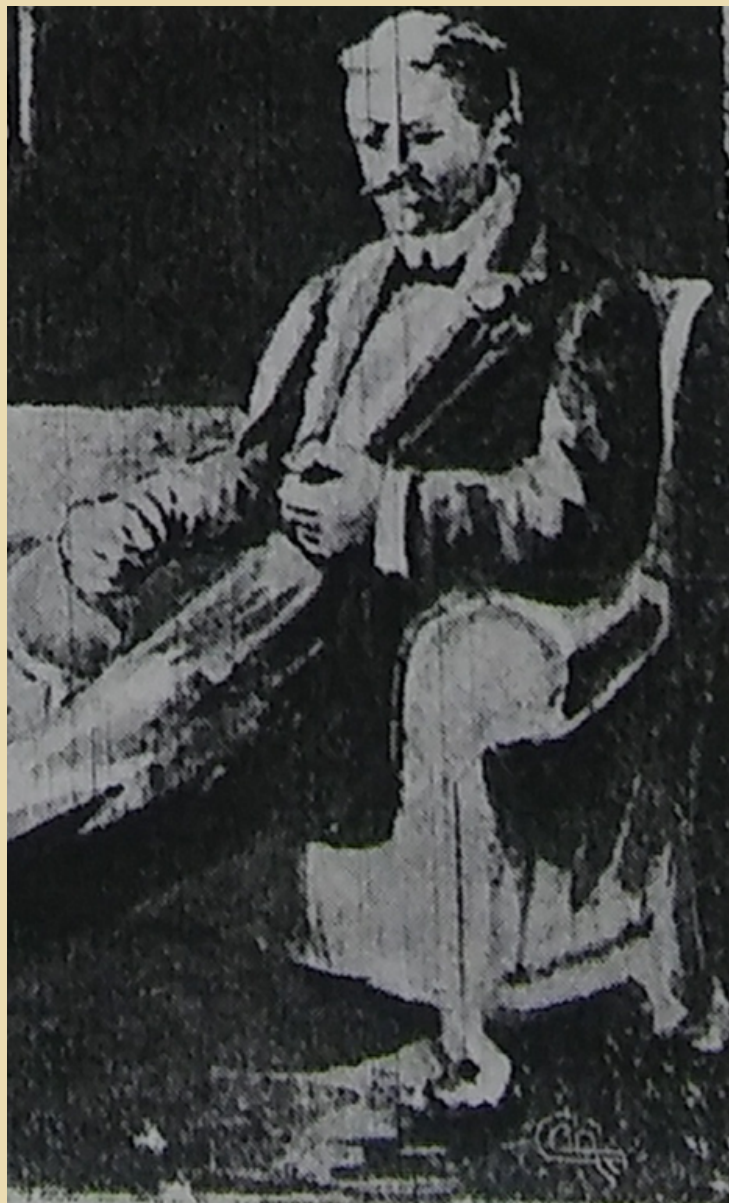
-Pero...Condesa! -dijo en tono de represión el más viejo, mientras el otro sonreía esperando una de aquellas paradojas que tanto le asombraban en los labios de la fascinadora dama, de esbelta figura, de ojos glaucos y profundos.

-Oh! no hay porque escandalizarse tanto, Brieux: el instinto del robo existe en nosotros con la última gota de sangre de nuestros bárbaros y primitivos progenitores que desconocían las leyes sobre la propiedad. Nuestros mismos niños nos dan el ejemplo: cuando desean algo, si no se lo damos, lo toman. Ved al hombre, cuando la pasión lo subyuga y hace surgir en él los ancestrales instintos. ¿Le gusta una mujer que no es la suya? la toma. No objetéis que esto no es un robo, puesto que para conseguir su objeto recurren a las mismas premeditaciones, las mismas astucias y engaños que los ladrones vulgares emplean. ¿Por qué, pues, se va a deshonorar más a un hombre (que) se apodera de una moneda de veinte francos, y no se deshonra si se apodera de una mujer, que es la propiedad más inviolable?

De Brieux iba a soltar una expresión maliciosa, pero la Condesa lo previó; y vivaz, mirando al otro, que mudo y sonriente tenía los ojos fijos en los pies que ella movía tan febril impaciencia, continuó:

: -Así, todos robábamos, hemos robado y robaremos. Desde la doncella que se empolva con los polvos de su señora y se perfuma con sus extractos, hasta la misma señora que no devuelve el libro, o la pieza de música que le han prestado. Desde el camarero que usa las corbatas de su amo, hasta el amo mismo que se apodera del guante o del pañuelo de una dama, o del escarpín de una bailarina. ¿Y los hurtos de amor? Esos son tan innumerables como las estrellas. Es imposible no haber cometido ni siquiera uno, de Brieux... Pensad un poco... ¡Seguro que os sentís ladrón también.

-



-Seguramente- afirmó el duque- y lo confieso por complaceros...Lo mejor es que el mío no fue un hurto de amor. Un amigo mío poseía una miniatura antigua, que me encantó desde que la vi. Se la pedí, pero rotundamente me la negó, porque la tenía mucha estima. ¿Que hice entonces? se la robé.

-Y vos, Gastón- preguntó la Condesa otro, con la más atrayente de sus sonrisas.

El joven, cohibido por la presencia de aquella mujer a quien amaba, contestó con secreta intensidad-sí; yo también... un pañuelo olvidado por una dama... encima del piano... Un pañuelo que se buscó. Con empeño... y que yo mismo ayudé a buscar...

-¡Magnifico!- exclamó la Condesa con una alegría un poco exagerada; y sin apartar los ojos de los expresivos y ardientes del joven, añadió:

-Ya veis que acabaríamos por reconocernos todos ladrones!... Porque... yo también... he robado.

A ver, debe ser muy interesante y muy curioso vuestro hurto -agregó de Brieux-contadlo, pues.

-Lo contaré... pero es una historia un poco difícil y complicada... y vieja, además... ya hace ocho años...

-No importa, contadla- exclamaron a un tiempo sus dos interlocutores.

-Escuchad, pues:

-En aquel tiempo tenía yo... ocho años menos y hacía tres que había enviudado. Vivía en un castillo austero y retirado, pero tranquilo: el de Vertfaucon. Allí me refugié con mis dos fieles servidores, y únicamente iba a visitarme, de vez en cuando, mi cuñado. Era joven, soltero y pintor; le gustaba, naturalmente, la vida febril de la capital; así que Vertfaucon iba de vez en cuando, y por muy poco tiempo. Yo me abandonaba, tranquila y sin preocupaciones, en aquella soledad que fue tan benéfica... Recuerdo aquellos días como los más dulces y serenos de mi vida...

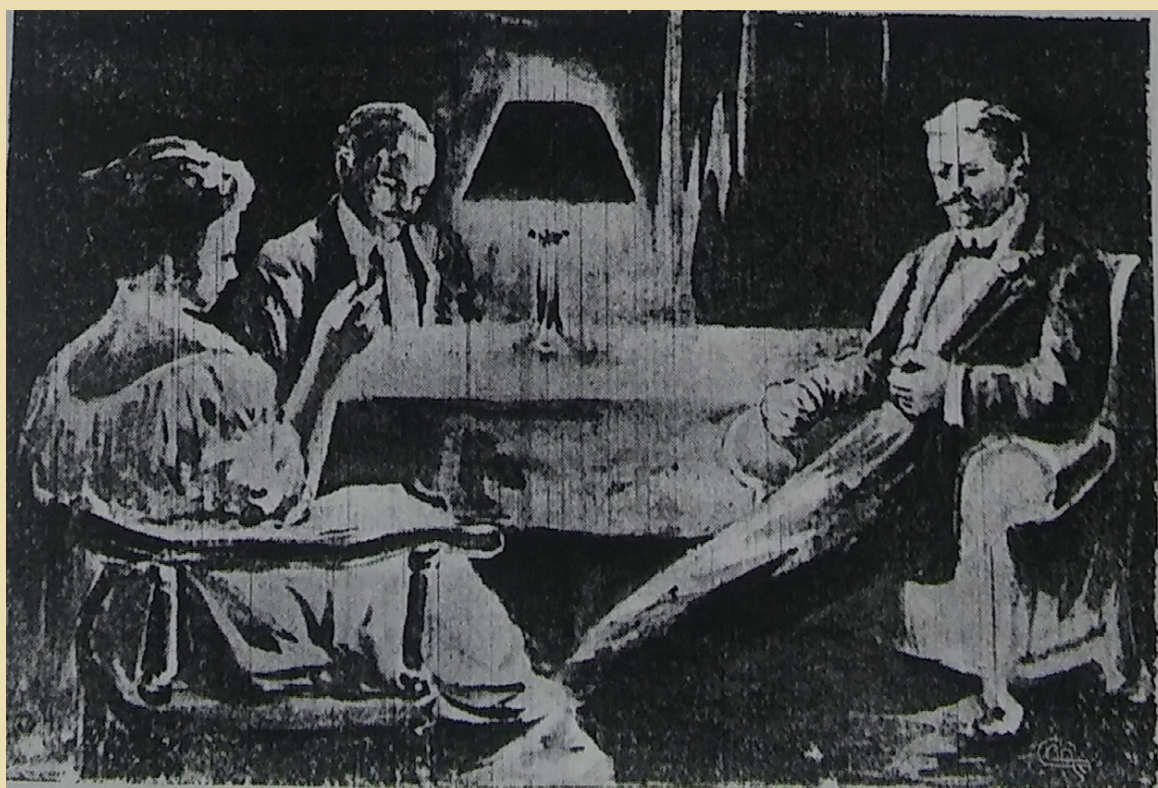
¡Y qué hermoso es ese Vertfaucon! -observé de Brieux.

-Sí; un verdadero castillo de hadas y ensueños...-añadió la Condesa volviéndose hacia Gastón quien la escuchaba absorto- Los árboles centenarios le dan una sombra llena de misterio; las murallas están invadidas por la madreselva, y en las noches serenas de primavera el aire esta perfumado, y se oye el melodioso trinar de los ruiseñores...-

Como el de "la Bella Durmiente...-murmuró el joven con oculta intención, mirándola fijamente a los ojos.

-Sí- dijo ella, he sostenido por un minuto esa mirada; y añadió luego, bajando los parpados, y casi a media voz.

-



-mi quietud duró poco tiempo...Una mañana recibí una carta de mi cuñado, entonces en Italia, en donde me anunciaba su matrimonio con una joven veneciana, su ideal; y con mucha delicadeza me insinuaba la idea de que desearla pasar su luna de miel en Vertfaucon.

¿No os he contado que en las pocas veces que mi cuñado René había ido a visitarme, en las conversaciones familiares me había hecho conocer sus ideas acerca del amor?

Decía que este solo debe tomarse como medio ni nunca como fin de nuestra vida y meta de nuestras almas. Como medio, para con él alcanzar el fin supremo, que es la Suma Belleza, representada por el Arte en sus elevadas manifestaciones. Aun cuando un poco extrañas sus teorías, él las expresaba tan bien, y daba a su voz y a sus ademanes tal aire de convencido, que acabé por sentirme imbuida en ellas...

-Confesad, Condesa que acabasteis vos también por quemaros las alas con las ideas de vuestro cuñado... observó de Brioux, moviéndose en la silla maliciosamente.

Ella se cubrió un instante la cara con las manos, y sin hacer caso Brioux, continuo, apartando la vista de sus dos interlocutores:

-Así yo, que conocía sus ideas respecto del amor, recibí con esta noticia un desengaño. Me había acostumbrado a considerarlo como un ser superior, invulnerable a todas las seducciones que lo pudieran detener en su vida consagrada al Arte por completo.

En una palabra; me había acostumbrado a unir en el mismo pensamiento nuestros destinos, y consideraba que los dos éramos habitantes de otra esfera distinta a la donde viven los demás. En fin, creí que el matrimonio no entraría en sus ideales.

Por esto me costó la noticia tal desengaño.

Sin embargo, escribí a René una carta muy cariñosa, de modo hacia los mejores augurios por su felicidad, y dispuso que arreglasen las habitaciones para los esposos, en donde puse, el último día, una gran profusión de flores.

Mientras tanto, pensaba; para conquistar a René, para cambiar el curso de sus ideas, para distraerlo de sus constantes éxtasis de artista, deben haber concurrido circunstancias especialísimas; una criatura ideal, echa a imagen y semejanza suya, artista tal vez, o por lo menos con alma de artista. Y en mi fantasía me forjé un tipo raro de mujer ideal...

Al fin llegaron los esposos; René transfigurado, radiante ¡Ella...oh, Ella... una ella cualquiera... se llamaba Clara y era una veneciana, rubia, insignificante; ni bella, ni inteligente, ni fina... Clara -no os riais,- era la mujer; no una mujer... Conocía el arte de gustar, de seducir por medio de la sensación; jamás por medio de la inteligencia. Usaba perfumes penetrantes; los colores de sus vestidos eran siempre llamativos y extravagantes. Adoptaba actitudes lánguidas, estudiadas...a veces incorrectas...De toda ella emanaba una pasividad tranquila, una indolencia y un indiferentismo orientales. Seguramente aquella veneciana debía guardar en sus venas alguna gota de sangre de serrallo.

La completa diversidad de nuestros gustos y caracteres, impidió que aquella criatura me gustase; antes bien, me fue profundamente antipática...Me molestaba su perfume, las alhajas con que se adornaba como una esclava, sus trajes mórbidos y ligeros, su dialecto acariciante y su voz quejumbrosa y tierna... Pero lo que más me molestaba era la actitud de mi cuñado...Ya lo he dicho; estaba inconocible. Por aquellos ojos, absortos siempre en una visión ideal, ya no pasaba como antes esa veladura de nostalgia infinita, de tristeza irremediable, de aspiraciones no colmadas...

Véalo, ahora, siempre feliz y contento; lo veía languidecer en ternura profunda, ajarse de pasión, encenderse de deseo, absorberse en una contemplación muda de la odiada chiquilla...Ya su voz, temblante de emoción, no expresaba como en otros tiempos aquellos ideales que me habían fascinado... Solo se empleaba frases vulgares, tiernas, o infantilmente acariciadoras...La caída, la transformación, eran muy grandes...y yo no podía resignarme.

El Castillo de Vertfaucon era bastante grande; y según yo lo había dispuesto, teníamos mis cuñados y yo una independencia casi completa, pero no tanto para que yo no alcanzarse a percibir de vez en cuando, al abrir una puerta o bajar una persiana, el dulce murmullo de un coloquio amoroso, o el chasquido de un beso, o la fresca carcajada de algún alegre perseguirse. El parque no era lo bastante amplio y sombrío para que me ocultase los vestidos rojos y amarillos de Clara, que pasaban y repasaban enlazada del talle por su compañero, con una riente visión de juventud y de amor...

Sufría, sintiendo tan cerca de mí este amor descuidado, alegremente impúdico. Yo también era joven, y la desventura había hecho mi alma más vibrante, más sensible. No sé cómo fue...; pero un despertar imprevisto, no deseado, se operó en mí. ¿Fue la reacción, después de un largo sopor? ¿O era la juventud, que reclamaba sus derechos? ¿O era un amor que ya existía anteriormente, y que se desenvolvía a causa de los mismos obstáculos que se le oponían?

No lo sé. Sólo os diré que mentalmente me ponía en lugar de Clara; pensaba en que podía haber sido yo la amada, la escogida, y que hubiera sido más digna, sabiendo revelara amorosamente todos los tesoros del alma y la inteligencia que aquella mujer desconocía y extinguía.



En una palabra era algo más que amor... Algo más vertiginoso, más violento y más exasperante; sentimiento al cual me abandonaba con delirio, ávida de sufrir...

Sin embargo, la presencia de la pareja, feliz y contenta, me era insufrible. Notaba que me volvía áspera, nerviosa, impaciente, susceptible; y mi cuñado que me había conocido antes, debía observar en mi lo que yo había observado en él; una gran mudanza. Noté, por último, que huían de mí; con cualquier pretexto se hacían servir la comida en su habitación, o en el jardín, reduciendo así, hasta la más mínima expresión, el tiempo de estar conmigo.

Un día, no se me puede olvidar!... encontré en el parque a mi cuñada, sola por milagro... Me parece que la veo: Llevaba como siempre un traje desenvuelto y vaporoso. Cuando se me acercó, desplegó ante mi vista asombrada un abanico, y me dijo:

-Mira lo que para mí ha pintado René, esta mañana... (Unas ramas de durazno en flor, delicadamente entretejida con capullos de rosa, y enredados en ellas, como una cinta, estos versos de no sé qué poeta italiano: "El amor ha nacido- he oído su voz-Aleluya!")

-Por mi ha vuelto a tomar los pinceles- insistía la vocecita odiosa de Clara-; es la primera obra que hace desde...

-Desde que es tu marido... tuve el valor de contestarla-; y espero que no se volverá desde ahora un pintor de abanicos...

Varias veces, anteriormente, le había pedido a Rene que me pintara un abanico, y él se había excusado. Y he aquí que ahora él le pintaba uno a aquella mujer, que no podía comprender el valor de la joya que tenía en sus manos...Por la noche no pude dormir, y en la sobreexcitación de mis nervios vibrantes por el insomnio, concebí la primera idea del hurto.

Al día siguiente, después ver una vez más aquella joya, sostenida como cetro, desplegada como estandarte triunfal por las manos ignorantes y desgarbadas, volvió la tentación, y resolví dar el golpe esa misma noche. Decididamente, ya no tendría ante mis ojos ese delicado trofeo del Arte y del amor, que tanto me mortificaba. Principié a hacer cálculos, a meditar para que el golpe no fuese a fallar.

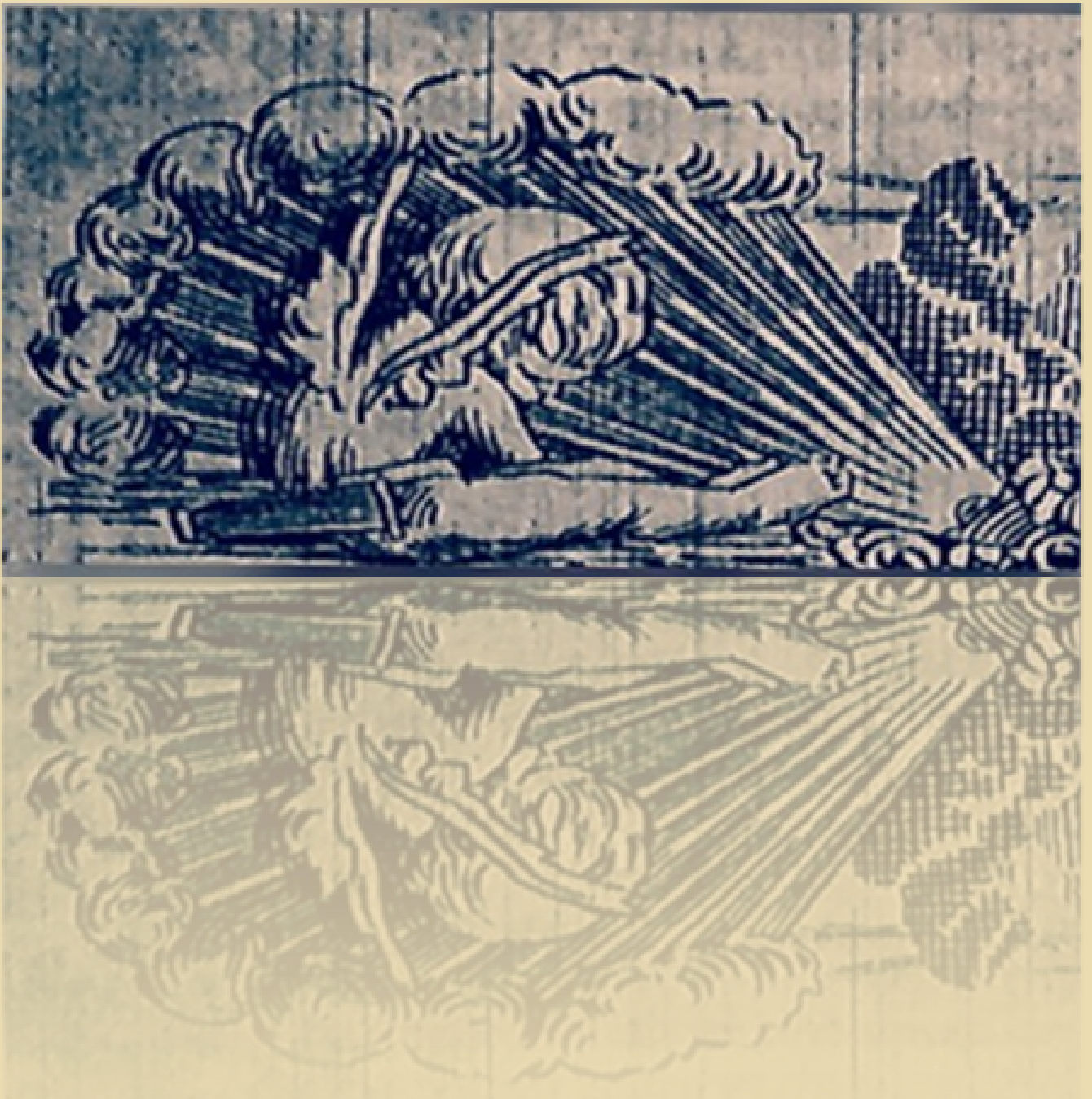
Clara guardaba el abanico en un cofre, en sus mismas habitaciones. Había, pues, qué ir hasta allí; hasta su mismo dormitorio tal vez...Pero la suerte estaba echada, y no era yo la persona capaz de volverme atrás...

Era muy entrada la noche cuando, cubriendo mis hombros con un peinador, atravesé el salón con mil precauciones para no tropezar con los muebles, y llegué al dormitorio de los esposos... Cuando puse la mano en el picaporte, debía estar espantosamente pálida, pues sentía mi rostro frío como el mármol... Abrí poco a poco, y en el mayor silencio... Dormían...Los vi a la velada luz que tamizaba una pantalla azul...Ella reclinaba su cabeza sobre el pecho de René...Una tempestad de ira y celos se desencadenó en mí al verla...Hubiera querido estranglarla allí entre mis manos...Apartando los ojos de ese cuadro, pues la emoción me habría traicionado, busqué cuidadosamente, encima de los muebles, pero no hallé nada.

Con mano trémula levante entonces la pesada cortina que ocultaba la otra habitación. Allí, en confuso desorden, yacían sus vestidos; aquella ropa blanca que apenas había tocado su cuerpo, y que formaba sobre el piso un montón informe de sedas, encajes y cintas. Entre aquellas intimidades fragantes de mujer elegante, que ama y sabe que es amada, descubrí el abanico, pendiente aún de la cadena con que Clara lo llevaba al cuello. Cogerlo, retroceder, cerrar la puerta y volverme a mi habitación desierta, con la preciosa prenda sobre mi corazón, jadeante, llorosa vacilante... fue obra de un minuto.

-Perdonad, Condesa, pero fuisteis un poco loca aquella noche-interrumpió de Brioux, chanceándose.

-Un poco? Decid, loca de remate... Y al día siguiente, cuando la noticia corrió de boca en boca, con el famoso pañuelo... Gastón sonrió, apenas preocupado y triste.



-Al día siguiente- continuo Camila -presenció impasible la despedida de la camarera, las lamentaciones de Clara que monótonamente contestaba al ofrecimiento que le hacía su marido de pintarle otro: "Si, otro, pero no el mismo" ..; cuando los sirvientes, el jardinero, mis cuñados mismos, salieron y buscaron por todas partes, yo también salí, yo también me admiré, busqué yo también...A los dos días pretexto una visita a una anciana tía en Normandía, partí. Como vos Gastón partí llevándome mi botín. Fue la última vez que vi a mis cuñados...

-¡Cómo- exclamaron las dos a un tiempo.

-Si- dijo a Camila;-mi cuñado murió dos semanas después, de un derrame cerebral...Algo fulminante; no tuvo tiempo de pintar un segundo abanico...

-Y, ¿ahí termina la historia? Preguntó, Brioux.

-No, no ha terminado. Tiene un apéndice trascendental:

Cuando supe la noticia, volé a Vertfaucon. Ya René había sido enterrado y a Clara se la habían llevado sus padres para Venecia. Permanecí, pues nuevamente sola en mi austero castillo, pero donde pude llorar libremente a René; que la muerte, purificando mi sentimiento, le quito toda debilidad terrena. Sin embargo... no estaba tranquila...Aquel abanico, del que me apoderé, movida por un instinto celoso, quemaba mis manos y mi conciencia, desde el rincón oscuro en que lo guardaba...

Oh mirada de los retratos de los muertos! Desde su marco, el de René parecía decirme: "No tienes derecho a conservar una prenda, nacida para un amor que no era el tuyo" ...Creí volverme loca; por la noche me parecía ver salir apariciones de todos los rincones...Temí por mi razón.

Al fin una mañana cogí el abanico, le puse una cintica negra y unas violetas, la llevé a la tumba de René. Allí permanecí largo tiempo llorando y rezando; pero cuando me levanté, estaba confortada, feliz... Así fue como quedó el abanico; ideal anillo entre el amor y la muerte...

-Y vuestra cuñada, ¿no lo ha visto nunca? -preguntó de Brioux.

¡ -Nunca. No me engañaba al juzgar esta mujer. ¡O pobre grande amor de aquella gran alma! Su viuda no fue nunca a visitar su tumba. Al año ya coqueteaba con un oficial de cazadores; pero supongo que se aburrió de él, y después huyó con un tenor francés, con quien creo que aun corre por el mundo.

Camila dirigió entonces una larga y penetrante mirada a Gastón, quien se estremeció como tocado por un fluido eléctrico.

De Brieux, fastidiado por el flirteo que la Condesa había sostenido todo el tiempo, se levantó, y haciéndole una profunda reverencia le dijo:

-Adiós, señora; decidle a Gastón nuestro joven poeta, que componga un poema con vuestra historia. Yo corro al teatro, pues quiero alcanzar siquiera al último acto de Tosca...

Entonces Gastón, el joven poeta, ocultó el rostro entre las manos, y con un acento vibrante y patético, producido por los múltiples sentimientos que ya no podía ocultar por más tiempo, exclamo:

¡Oh, señora, cómo me habéis hecho sufrir! No terminó...Una mano ligera le acariciaba los cabellos, y una tierna voz le susurraba al oído; -Pero, ahora, sé que me amáis, y vos también sabéis que os amé...

Fin

Chaves Vive!

(1891 - 1971)

MAESTRO - PINTOR - PUBLICISTA



www.chaves-pintor.com

Contenidos sujetos a
Licencia Creative Common CC BY-NC-ND 4.0